

# **UNA TEOLOGÍA BÍBLICA DE JERUSALÉN**

Cristian J. Morán

## Introducción

Para algunos, Jerusalén, la capital de Israel, no solo es una ciudad de importancia pasada: es también un escenario de relevancia futura. Se dice que Dios todavía no restaura a Israel como lo prometió, y por lo tanto, en un día que aún debemos esperar, el Mesías vendrá, se reunirá con su nación, pondrá su trono en la Jerusalén *terrenal* y gobernará al mundo entero.

¿Es esa, realmente, la expectativa que la Biblia desea crear? ¿Deberíamos reclamar Jerusalén para los judíos, y así, esperar el día en que peregrinemos a ella para gobernar junto al Mesías?

El presente texto analizará cómo el concepto de una ciudad santa ha estado ligado al gobierno divino y si este permanece estático o demanda una interpretación evolutiva de sus elementos esenciales.

## Salem, la ciudad del rey-sacerdote

La primera aparición bíblica de Jerusalén se encuentra en Génesis 14:18, donde Abraham, tras vencer a los reyes, es recibido por Melquisedec, sacerdote y rey de «Salem» (antigua designación que se usará nuevamente en relación directa con el santuario de Dios; Sal 76). Es interesante observar aquí que, posteriormente, tanto David (Sal 110) como el autor de Hebreos (Heb 7) usarán al mismo Melquisedec para referirse al sacerdocio eterno del rey Jesús en la Jerusalén celestial.

## La época dorada

La siguiente mención de Jerusalén ocurre cuando los israelitas ya están conquistando Canaán (Jos 10:1), aunque entonces se llamaba Jebús (Jos 18:28). No sería Josué, sin embargo, quien la conquistaría, sino David, quien la capturó viendo posiblemente la conveniencia estratégica de convertirla en capital (Jerusalén constituía una especie de territorio neutral entre Judá y Benjamín, dos tribus con tendencia a enfrentarse y provocar fisuras en la unidad nacional). Después de eso, solo una cosa faltaba para consolidar la supremacía de la ciudad, y fue así como David trajo el arca del pacto. La ciudad se convirtió en el centro religioso de la nación, y una vez que Salomón construyó el templo, pasó a ser tanto la morada de Dios como la del hijo de David —su virrey—.

Cabe destacar que, hasta ahora, desde que el pueblo ingresó a la tierra, el arca había estado en Silo y ese era el lugar en que Dios esperaba que lo buscaran. Recordemos que, aunque Dios había establecido regulaciones concernientes a la elección de un rey (Dt 17:14-20), dentro de sus instrucciones no encontramos ni la designación de un centro de adoración específico ni sus características: Dios solo se limita a decir que Él será buscado en el lugar que Él escoja para morada de su nombre (12:5, 11, 14). A juzgar por este hecho, podría afirmarse que Dios no parece especialmente interesado en atar su nombre a un lugar sino más bien en recibir adoración en el lugar que Él señale (ver también 12:21).

También es importante considerar que, cuando Dios reacciona frente a la intención que David tiene de construirle una casa, menciona que Él ha andado errante (2S 7:6-7), y más tarde, en Isaías 66:1, aclara que el estrado de sus pies es la tierra entera. A partir de esto podríamos sugerir que, como Creador del mundo, Dios está resguardando su derecho a gobernarlo todo y a no ser limitado por muros, pero aun Salomón, al dedicar el templo, reconoce que la idea de construir una morada física para Dios es un contrasentido (1R 8:27). Quizás por eso, como vemos en la bendición que pronuncia, repite más bien que el templo es la morada de «su nombre» (1R 8:14-20).

Sin embargo, aunque Dios inicialmente parece refrenarse de indicar un lugar, finalmente no se abstiene de vincular su nombre a Sion, en Jerusalén (Sal 2:6; 48:2; 87:2; 110:2; 132:13-14). Esto, sin embargo, corresponde a la época en que Él cumple su promesa a Abraham en la experiencia histórica de Israel, y para entonces, Dios parece estar definiendo el vocabulario con que más tarde anunciará el verdadero y más pleno cumplimiento de las promesas del pacto. Por tanto, si de alguna manera Dios está ligando su nombre al de Jerusalén para producir un avance en la revelación, será importante ver qué quiere comunicar sobre sí mismo y cómo define los lazos entre su nombre y la ciudad.

Aunque ciertamente Jerusalén adquirió su importancia debido a la presencia del templo, debemos reconocer que su carácter de ciudad la convierte en un concepto teológico más amplio: es también un *área de influencia* en que se reconoce debidamente el señorío divino y la protección de Dios alcanza a quienes se acogen a Él<sup>1</sup>.

### **Advertencias proféticas: La Jerusalén de Dios debe ser fiel**

Es un hecho que Jerusalén es mencionada como el lugar donde Dios pondría su nombre para siempre (1R 9:3; 2R 21:7; 1Cr 23:25), y además, Él incluso se presenta como su

---

<sup>1</sup> Esta condición permitirá más tarde entender el contraste con Babilonia, la ciudad que representará a la sociedad rebelde (especialmente en Apocalipsis).

*defensor* (Is 31:4-5). Lamentablemente, la sensación de seguridad provocada por esto llegó a ser extrema, y al ser confirmada por portentos como la liberación de la ciudad frente a Senaquerib (2Cr 32:22), se convirtió para muchos en un equivocado sinónimo de protección irrestricta. Jerusalén no era inmune al juicio de Dios, y vista así, entraba en la misma categoría que Silo (Jer 7:12). Dios se había comprometido a poner su nombre en ella, pero el pueblo debía cumplir un requisito de fidelidad que, con el tiempo, pasó al olvido.

Dios tuvo paciencia con Israel, y para llamarlos de regreso al pacto, envió a sus profetas. Estos revelaron el peligro de dar por sentada la presencia de Dios y dejaron al descubierto que la adoración israelita era solo ritualismo. Cuestionaron abiertamente la confianza en la adoración formal asociada al templo (Jer 7:1-15; 8:19), y fueron incluso más allá, afirmando que Dios había pasado de defender Jerusalén a ser el que la destruiría (Jer 21:4-7; 26:6). Las amonestaciones, tristemente, solo caerían en oídos sordos, y como resultado, se convirtieron finalmente en anuncios de *calamidad* (p. ej., Isaías 40, escrito antes del funesto desenlace, da por hecho que el juicio de Dios se ejecutaría como estaba previsto).

La Jerusalén de David demostró no ser la sede incondicional del trono de Dios, y en un giro dramático, llegó a ser incluso todo lo contrario: como vemos en Jeremías 24:8, el Señor plantea que la fidelidad a Él se mostraría más bien en entregarse a la deportación y no resistirse a abandonar la ciudad (los «desprotegidos», por decirlo así, serían quienes permaneciesen allí, pues Jerusalén sería el lugar de quienes no estarían con Dios).

## **Dios redefine y recrea su morada**

Al comparar la literatura bíblica pre y posexilica, descubrimos que el exilio cambió fuertemente la percepción de la presencia de Dios entre su pueblo. Esto no solo sucedió en los libros proféticos: aun en los Salmos, ricos en alusiones a la prominencia de Jerusalén, observamos este giro cuando comparamos el enfoque más exultante de los dos primeros libros con la visión más oscura del tercero y, particularmente, su conclusión en el Salmo 89: el cántico comienza celebrando elocuentemente el pacto davídico pero termina expresando un doloroso lamento por las consecuencias de haberlo abandonado. ¿Qué esperanza puede haber después de eso? La respuesta parece estar en el salmo que abre el libro siguiente (Salmo 90), el cual regresa a los tiempos de Moisés y espera en la misericordia que Dios tuvo desde el comienzo de los tiempos.

¿Qué hará Dios? ¿Volverá su nombre a morar en Sion? La respuesta estaba entretrejida con los mismos oráculos de desolación antes mencionados.

Jerusalén sería restaurada, pero no se trataría simplemente de un regreso a las condiciones preexílicas. Efectivamente Dios habla de establecer a Sion como el lugar de su trono, pero en términos generales, la Jerusalén del futuro se describe como algo nunca antes visto.

Es cierto que, por un lado, algunos pasajes parecen indicar que se trata de la Jerusalén tradicional (Jer 31:38-40; 32:14-15) y que la restauración no está lejos (Jer 29:10-14), pero, por otro, también hay indicios de que la comunidad repatriada no alcanzaría a gozar de una restauración plena (Is 57:1; 58:6; 63:18-19; 64:10). El «proyecto» parece ser mucho mayor que un mero retorno, y lo que comienza como una ciudad rehabilitada termina siendo descrito escatológicamente como una *re-creación* o una transformación cósmica de la cual ahora también participarían las demás naciones (Is 65:17-18; 2:1-4).

Sin embargo, con la misma claridad con que se describe la renovación física, se habla también de una transformación *espiritual*. Si la nueva ciudad no sería arrancada ni derribada jamás (Jer 31:40), y esto, como antes, estaría condicionado por la fidelidad del pueblo, la estabilidad de la nueva Jerusalén requeriría necesariamente de un pueblo fiel.

Es en este contexto que, como soporte final de lo nuevo, aparece también el anuncio de un nuevo pacto (Jer 31:31-34), el cual, a diferencia del anterior, sería inquebrantable y descansaría sobre una ley que no estaría guardada en un arca al interior de un templo sólido sino escrita en los corazones de cada individuo. Es el mismo concepto desarrollado por Ezequiel, aunque, en su caso, aparece como el reemplazo de un corazón de piedra por uno de carne (11:19 y 36:26).

Ezequiel provee una pista importante sobre la evolución de la presencia de Dios con su pueblo. Su visión muestra que, viendo la degradación moral y la profanación de su santuario, Dios abandona la ciudad santa (8-11), pero luego, en lo que parece ser una Jerusalén topográficamente enaltecida, la gloria del Señor retorna e ingresa a un santuario en que la adoración alcanza una intensidad nunca antes vista (43-48). Es evidente, una vez más, que esto trasciende lo previamente conocido, y como hemos visto, no solo implica una renovación urbana sino también un cambio espiritual.

Los profetas, en suma, esperaban un regreso, pero no un regreso cualquiera sino una restauración que abarcaba mucho más.

## **Destellos de una refundación aún distante**

A estas alturas es notorio que la presencia de Dios es un asunto más relacional que geográfico, significando que, cuando Él ha señalado un lugar físico, no le está reconociendo una santidad intrínseca sino dependiente de una circunstancia en la que, como siempre, debe mostrársele fidelidad adorándolo como Él lo indica.

Dios, como vimos, en algún momento alentó la sumisión al exilio, y consecuentemente, llegó incluso a afirmar que Él mismo había sido un santuario dondequiera que los deportados se hubiesen encontrado (Ez 11:16). Ahora había llegado el momento de volver, y habiéndose reinstalado, Dios les insta a reconstruir el templo en la Jerusalén de siempre (Hageo 1).

La realidad, sin embargo, dista mucho de ser tan gloriosa como en los anuncios proféticos. La magnificencia del nuevo templo no se compara con la del anterior (Hag 2:3; Esd 3:12-13) y ya ni siquiera cuentan con el arca. No es un regreso glorioso, la tierra no ha sido renovada, en lugar del rey davídico son gobernados por extranjeros y es evidente que aún se encuentran a expensas del mayor obstáculo para alcanzar la bendición de Dios: el pecado (ver, por ejemplo, Esdras 10).

Hay indicios, por lo tanto, de que este retorno no es la gran restauración anunciada sino una especie de «acontecimiento precursor». La alegría del regreso es solo parcial, y siendo así, el consuelo consiste en mirar hacia el futuro esperando una verdadera renovación.

## **Jerusalén y la misión de Cristo**

Lucas 2 ilustra que, siglos más tarde, la esperanza seguía en pie. Si Simeón reconoció en Jesús la salvación, la gloria de Israel y la luz de los gentiles, y Ana, por su parte, lo vinculó con la redención de *Jerusalén*, vemos claramente que los judíos piadosos entendían la conexión que había entre estas expectativas y el rol que jugaría el Mesías en llevarlas a su cumplimiento.

La visión que Jesús tenía de Jerusalén se hace patente a través de sus hechos y dichos relacionados con ella. Él reconocía la posición de Jerusalén en la vida religiosa judía (obsérvese su asistencia a las fiestas; Lc 2:41ss; Jn 2:23; 7:10; 12:12), pero en sus actos deja ver también una percepción más elevada del presente y el futuro de la ciudad. Jerusalén, por un lado, «es la ciudad del gran Rey» (Mt 5:35; cf. Sal 48:2) y el escenario de

su entrada mesiánica (Jn 12:12-19; cf. Zac 9:9), pero es, al mismo tiempo, la ciudad que rechaza a los profetas (Lc 13:33-35).

Jesús estaba a punto de generar un importante cambio. Lo encontramos identificándose expresamente como el templo, y al perdonar a las personas, está llevándoles lo que hasta entonces se buscaba en el templo material (Lc 19:9: «Hoy ha venido la salvación a esta casa...»).

Una pista de lo que estaba sucediendo se encuentra en la conversación de Jesús con la mujer samaritana (Jn 4). Allí, señala que pronto no solo el monte Gerizim carecería de validez como centro de adoración, sino incluso Jerusalén, sitio del templo, porque «Dios es espíritu, y los que le adoran deben adorarle en espíritu y en verdad» (Jn 4:23-24).

Cristo está desactivando la función de la Jerusalén terrenal como sitio preferente de adoración, y a contar de ahora, está declarando igualmente válida la adoración en cualquier sitio donde hubiese «verdaderos adoradores». La Jerusalén presente, dentro de poco, sería destruida (Lc 19:41-44; Lc 13:35) y, en un claro cumplimiento de pasajes como Isaías 2:1-4 (y Gn 12:3), los beneficios de Jerusalén estarían al alcance de todas las naciones.

## **Los pueblos suben al monte del Señor**

Finalmente Jesús es sacrificado e inaugura con su propia sangre el nuevo pacto anunciado por los profetas. Jesús resucita, asciende y, sentado a la diestra del Padre (Heb 8:1-2), envía al Espíritu que lleva la presencia de Dios desde Jerusalén «hasta los confines de la tierra» (Mt 28:18-20; Hch 1:8; 2:16ss; 2:33). Ya no se necesitan más sacrificios diarios en un templo de piedra porque el sacrificio definitivo ha sido efectuado por Jesús en el tabernáculo verdadero (Heb 9:24-28). Ahora, dondequiera que estén los cristianos, son ellos quienes constituyen el templo (1P 2:4-6).

La ciudad de Dios, por lo tanto, ya no es terrenal (aunque exista una Jerusalén en Palestina), y Juan, inspirado por el Espíritu, llega incluso a combinar esta última con Sodoma y Egipto para simbolizar la civilización rebelde (Ap 11:8). Pablo dice que ahora nuestra madre es la Jerusalén de arriba (Gá 4.26), y el autor de Hebreos declara que a través de Cristo nos hemos acercado al monte Sion y a la Jerusalén celestial, que es la ciudad del Dios vivo (Heb 12:22; 11:10; 13:14).

## La nueva Jerusalén

El Apocalipsis de Juan, finalmente, nos presenta una Jerusalén sin parangón. La nueva creación (Isaías 65-66) es por fin una realidad, y «descendiendo del cielo, de Dios», observamos una Jerusalén completamente diferente. Es cierto que la revelación de Juan es eminentemente simbólica, pero aun bajo esa premisa, el mensaje es clarísimo: la ciudad es presentada como un enorme cubo de oro que, inequívocamente, nos recuerda el Lugar Santísimo (1R 6:20). El pecado ha sido extinguido, el mundo ha sido transformado y, coronando la escena, la presencia de Dios llena todo.

## Conclusión

El estudio precedente ha comprobado que la presencia gobernante de Dios nunca estuvo *atada* a coordenadas geográficas sino que se hizo concreta dondequiera que el pueblo recibió instrucciones de adorar.

En un momento, Dios vinculó su adoración a una ciudad, Jerusalén, pero con el tiempo esta unión demostró estar condicionada a una fidelidad que no perduró. La «definición» de Jerusalén incluía, como elemento esencial, la fidelidad de sus habitantes, y por decirlo de algún modo, Dios solo partió cuando Jerusalén dejó de ser Jerusalén.

Sin embargo, dondequiera que se reconociera el reinado de Dios, Él se haría presente, y aunque la antigua gloria pareciera perdida, no sería una condición perpetua: Dios refundaría el lugar de su trono.

Hoy, en Cristo, esto no es una promesa incumplida sino un cumplimiento en desarrollo: por medio de su Espíritu, del cual los creyentes somos el templo, Dios ha formado para sí un pueblo que le adora en todas las latitudes y que, por medio de la fe, debe encarnar en la creación vieja lo que la plena presencia gobernante de Dios forjará en la nueva. Esa es nuestra misión.



## **Bibliografía**

Alexander, T. Desmond, *From Eden To The New Jerusalem*. Grand Rapids: Kregel, 2008.

Elwell, Walter E. (ed.), *Evangelical Dictionary of Biblical Theology*. Grand Rapids: Baker Books, 1996.

Grudem, Wayne (ed.), *ESV Study Bible*. Wheaton: Crossway Bibles, 2008.

McConville, J.G. «Jerusalem In The Old Testament». Páginas 20-51 de *Jerusalem: Past and Present In The Purposes Of God*. Editado por P.W.L. Walker. Cambridge: Tyndale House, 1992.

Orr, James, M.A., D.D. (ed.), *International Standard Bible Encyclopedia*.  
<http://www.internationalstandardbible.com>, 2010.

Sproul, R.C. (ed.), *The Reformation Study Bible*. Phillipsburg: Presbyterian and Reformed, 2005.

Wright, C. «A Christian Approach To Old Testament Prophecy Concerning Israel». Páginas 1-19 de *Jerusalem: Past and Present In The Purposes Of God*. Editado por P.W.L. Walker. Cambridge: Tyndale House, 1992.